

La canción del bosque

Hace muchos, muchos años, en una pequeña aldea en torno a un precioso bosque de árboles de hoja caduca y helechos, había una pequeña cabaña, en una pradera forrada de margaritas y amapolas.

En esta cabaña vivía una señora muy anciana.

Todas las tardes de domingo, los niños de la aldea iban a la cabaña de la anciana, y ella les contaba un cuento o les recitaba alguno de sus poemas.

Una tarde, cuando los niños fueron a verla para que les contara un cuento más, ella les dijo:

-Hoy tenéis que escuchar con mucha atención, pues este cuento que os voy a contar es muy especial.

-¿Por qué?-Preguntaron los niños.

-Pues porque este cuento pasó de verdad, no como otros que os he contado. Y ahora, callad y escuchad con atención, pues no lo repetiré.

Los niños se callaron, y la anciana empezó a hablar:

Hace muchos años, aunque no tantos como en otros cuentos, en esta misma cabaña, una mujer dio a luz a una bebé.

Este bebé tenía los ojos grandes y despiertos, brillantes como las estrellas, y de color azul.

También tenía un mechoncito de pelo castaño.

Pasaron los meses, y sus ojos se volvieron de color púrpura grisáceo, y el pelo se le rizó.

Era una niña encantadora, y muy lista y espabilada.

Unos años más tarde, cuando esta niña tenía ya unos cinco añitos, empezó a oír una canción muy especial.

Cada vez que se lo decía a alguien, este le decía que sería el viento, o los pájaros, pero no.

Sonaba como cuando una vez pasaron unos músicos por la aldea, pero más refinada y dulce, una música que te revolvía el alma y te hacía cerrar los ojos y escuchar.

Cuando cumplió los ocho años se dio cuenta de que la música provenía del bosque, y decidió ir a ver qué pasaba allí.

Sabía que no le dejarían ir al bosque, pero tenía que ir. Algo le decía que era importante que fuera.

Muy, pero que muy importante.

Así que un día que eran fiestas y le dijeron que se podía ir a jugar fuera toda la tarde, cogió una cesta, puso un pan y un trozo de queso dentro, y se fue al bosque a seguir la música.

Empezó a internarse cada vez más y más, y cuanto más se adentraba en el bosque más oscuro estaba.

Cada sonido le provocaba un escalofrío, y cuando pisó una rama y esta se rompió bajo sus pies, gritó.

Después se dio cuenta de que había sido ella, que había roto la rama pisándola, pero el mal ya estaba hecho.

El grito no se oyó fuera del bosque, pero para desgracia suya, sí lo hizo dentro, y una manada de lobos lo oyó.

Esta manada buscó el origen del grito, y se encontró a la niña, andando por el bosque y sola.

Los lobos la rodearon, y la siguieron sin que se diera apenas cuenta, esperando el momento idóneo para atacar.

La niña se sentía un poco observada, cada vez tenía más y más miedo.

A uno de los lobos, al oler el miedo, se le hizo la boca agua, y no pudo evitar dar un paso al frente, donde la niña lo vio.

Al verlo, gritó, y se quedó paralizada, intentando pensar a toda prisa, pero los pensamientos iban a cámara lenta.

De repente, una idea estalló en su cabeza cual pompa de jabón. "Los lobos no se pueden subir a los árboles"

Y fue como si el mundo, de pronto, hubiera recuperado la velocidad.

Corrió hacia el árbol más cercano y empezó a escalar.

Tenía las manos sudadas, y se resbalaba cada poco tiempo, pero aun así, subía bastante deprisa.

Cuando le quedaba poco para alcanzar la parte más frondosa de la copa, los lobos reaccionaron y se lanzaron a por ella.

Intentaron subir, pero como no podían, empezaron a atacar a la niña.

Sólo llegaron a rasgarle la pierna, porque en seguida llegó a las ramas más altas y se puso a salvo.

Los lobos empezaron a dar vueltas alrededor del árbol y a gruñir.

Casualmente, la niña se había subido a un nogal, y estaba lleno de nueces maduras, así que empezó a tirárselas a los lobos.

Estos se enfadaron mucho, y comenzaron a atacar el árbol con saña.

Pero la niña afinó la puntería, y las nueces empezaron a dar en los hocicos y en los ojos, y los lobos, al ver que los que recibían "nuezazos" en los ojos quedaban tuertos, cesaron sus ataques y se marcharon con el rabo entre las piernas.

La niña tenía pensado esperar un rato antes de bajar del árbol, pero entonces volvió a empezar a sonar la música, mucho más clara y cercana que antes, y empezó a bajar sin pensárselo dos veces.

Pero como iba muy deprisa, apoyó el pie de la pierna herida en una rama especialmente delgada, y el pie cedió y se resbaló.

La niña se encontró de pronto en el suelo sin saber muy bien cómo había llegado y con un tobillo torcido.

Pero la música seguía sonando, llamándola a continuar, así que se levantó y siguió caminando.

Así, llegó hasta el corazón del bosque, donde crecía un enorme sauce llorón un tanto fuera de lugar.

La música venía de allí, así que la niña apartó el dosel de hojas que tapaba el árbol, y vio que el tronco estaba cubierto de madrigueras, cuyas entradas estaban talladas como si fueran elaboradas puertas.

Pero lo más hermoso estaba alrededor del tronco.

De las ramas más bajas había colgadas campanillas de cristal, que tenían un sonido claro y límpido y estaban siendo tocadas por una hada diminuta, de alas tejidas de rayos de luna y oro.

Poco después, un grupo de hadas algo más grandes empezaron a batir sus alas, en un zumbido agudo y suave.

Unos segundos más tarde, un grupo de duendes soplaban dentro de unos juncos que se golpeaban unos a otros, con un sonido profundo como las aguas del océano.

Cuando esta magnífica orquesta ya llevaba unos minutos tocando, se abrieron las puertas de la única madriguera con balcón, y salió un hada con un traje de espuma de mar y zafiros, cabellos de fuego y oro, alas de lapislázuli y sandalias de luz de sol.

Este hada empezó a cantar una canción delicada como el diamante, pura como un arroyo y suave como las nubes de primavera.

La canción hablaba sobre cambiar, de como es necesario dejar atrás el pasado para poder disfrutar del futuro.

Hablaba sobre los viajes, sobre el olvido, la vida y la muerte.

Pero cuando llegaba a la parte más bella de la canción, se calló.
Miró directamente a la niña, y extendió un brazo hacia ella.
De las puntas de sus dedos salieron unos pequeños escarabajos de colores.
Cuando los escarabajos alcanzaron a la niña, primero le curaron la herida de la pierna y el tobillo torcido.
Después, uno de ellas le dio en la frente y hizo que se le cerraran los ojos y se desmayara.
Los demás bichitos la cogieron y la llevaron al prado donde está esta cabaña, donde unos minutos después se despertó. Volvió a su casa, pensativa.
Cenó y se echó a dormir. A la mañana siguiente, que era domingo, tras terminar sus tareas reunió a sus amigos y les contó esta misma historia.
A ellos les gustó mucho, y cada semana la niña pensaba una historia para contar el domingo.
Y casi sin verlos, los años pasaron, y la niña creció y dejó de ser una niña.
Y sin que se dieran cuenta, contar un cuento cada domingo por la tarde se convirtió en una tradición.
Ha pasado ya casi un siglo desde que sucedió esto.
Desde entonces, siempre ha habido una cuentacuentos en esta cabaña.
-La anciana miró hacia un lado, pensativa.-Hala, a vuestras casa, que ya se ha hecho tarde.
Los niños se fueron a sus casas, y soñaron con dragones, hadas, duendes, naufragios, épicas batallas y finales felices.